

Elías Ugarte Figueroa

Invitación al recuerdo de un gran poeta muerto



CUANDO frisaba apenas los 22 años de edad y su talento incomparable empezaba a entregarnos sus primeros frutos, una tarde de otoño de 1925, Romeo Murga—una de las voces más puras de nuestra poesía—cerró sus ojos para siempre,

En las metálicas tierras copiapiñas, dió Romeo Murga, su primer llanto a la vida. A esta vida que fué para él un prolongado sollozo.

Allí—entre la negra sonrisa de las minas, los remansos y las vertientes cristalinas—creció y pasó su infancia feliz. El mismo lo dice en aquellos versos que añoran los años idos de su niñez:

«Se me ha muerto una vida mía,
vida de juegos y alegría
bajo el sol de los mediodías
del verano,
vida de risas transparentes
y de beber en las vertientes
con el hueco de nuestras manos...»

Allí también terminó su educación humanística a los 16 años, para ingresar luego en el Instituto Pedagógico, donde, cuatro años más tarde, habría de graduarse Profesor de Francés.

Le conocí en Quillota, en 1924, en el Liceo de Hombres de ese pueblo, como maestro en la asignatura de su especialidad. Alto, Excesivamente delgado. De rostro moreno, pálido, y de ojos verdes, soñadores. Hablaba poco, reposadamente. Siempre pensativo. Preocupado de algo que no era de este mundo.

Tal vez le faltaba carácter y energía para maestro. Para imponer su voluntad y seguir un método, no obstante su indiscutida idoneidad. Era demasiado suave y benévolo con la loca muchachada, que no sabía perdonar, a veces, sus distracciones, sus olvidos y sus continuas ausencias. Había nacido apóstol de multitudes conscientes. Y, sobre todo, poeta, ingénitamente poeta; esto es, minero de los confines de su espíritu, de donde emergía sólo para regalarnos tanto oro de buena ley, tantos soles para la noche de la vida.

Era circunspecto y reposado. Vivía sólo para alimentar la lámpara votiva de su mundo interior. Enamorado de sus libros. Escribiendo versos maravillosos, sin otra preocupación terrena que el amor, que es también una especie de sueño de los sentidos y del alma.

Caminaba con cierto temor de niño pequeño hacia la vida, como quien no acierta a comprender por qué ha descendido hasta esta tierra, en que se deshojan todos los ideales y donde la maldad y el egoísmo clavaron su bandera negra de dominio.

Un día—como de costumbre—se alejó silencioso y pensativo, con un rictus de amargura en los labios. Se sentía muy débil y la calentura le ponía sus encendidos geranios en el rostro. Aquella obstinada que lo perseguía y que el poeta presentía desde hacía tiempo, cumplía su promesa: era la tuberculosis, la amada pálida de todos los románticos, que empezaba a extinguirlo en la trémula llama de sus brazos:

«Mi madre está diciendo que me muero de fiebre. No es verdad. Voy viajando por ciudades remotas. Quizá dentro de poco mi espíritu se quiebre por este mar por donde llevo mis alas rotas».

Sí, un día se alejó silente del tranquilo pueblo que lo hospedaba, en busca de reposo y de salud. Sin embargo, su enfermedad siguió adelante implacable, destructora. Todos los cuidados de su familia, los esfuerzos de la ciencia médica resultaron infructuosos: la Muerte le esperaba agazapada en la oquedad de un universo desconocido, en un mundo blanco, palpitante de sueños. Por eso el poeta, desde el lustroso ataúd donde navegaba la vacilante llama de los cirios, parecía sonreírle a la muerte en su silencio, como si en sus cuencas vacías o en sus descarnados labios flotara la vida, la verdadera y esperada vida.

Y fué así como un día de mayo de 1925, llameante de sol, cuando la masa estudiantil, loca y vocinglera, daba rienda suelta a su alegría en el ancho patio del ruinoso establecimiento, recibimos la noticia de su muerte.

El poeta amigo no respiraba más. Sus ojos estaban fijos y turbios, clavados en el infinito, contemplando siempre ese «horizonte luminoso y lejano» de sus versos. El que había esparcido la simiente del ideal y de la belleza en el surco de nuestros corazones adolescentes ya no volvería a deleitarnos con sus poemas saturados de una íntima congoja que era, acaso, la tristeza misma de las despedidas cuando se acerca el inevitable viaje.

Admirador de los poetas franceses de la nueva generación, de Gabriela Mistral, de Neruda, quien ya, con su libro «La Canción de la Fiesta», publicado en 1921, se daba a conocer como uno de los grandes valores de nuestra lírica, toda su breve existencia la dedicó a leer, enseñar, escribir y amar. Fué maestro, poeta y amador. Tres cosas grandes que encierra esta vida pequeña. Era, pues, como ya se ha dicho, un temperamen-



to artístico exquisitamente delicado; tal vez demasiado extraño, demasiado sutil, demasiado etéreo para chapotear por las ciénagas de la humana miseria. He ahí por qué la poesía de Murga carece de contenido social y, por el contrario, está dotada de esa suavidad de alas desplegadas entre azulados inciensos místicos:

«No, Señor Jesucristo, yo no soy como todos.
Yo pronuncio tu nombre con honda devoción.
Aunque arrastre mi cuerpo sobre todos los lodos,
alzo como una hostia roja mi corazón».

Por eso permanecía silencioso, sumido en esa atmósfera que acompaña a las verdaderas creaciones artísticas, que es el hábito imperceptible de la belleza, sin escuchar a su derredor las discusiones sobre arte que esgrimían los snobs de todos los tiempos, los mediocres de café o los «eruditos a la violeta», arrojando su moneda de plomo sobre el mesón de la estulticia.

Esto me hace recordar las palabras del místico F. J. Alexander:

«No arrojes tus perlas a los cerdos. Si sientes maravillosos estados de espíritu, permanece silencioso, no sea que por hablar fuerte les restes intensidad. Custodia tu sabiduría toda y todas tus realizaciones como el ladrón custodia sus posesiones. Debes conservarte a ti mismo; y cuando hayas practicado el silencio durante algún tiempo, estando demasiado lleno rebotará tu corazón; y te convertirás en un tesoro y una fuerza para los hombres».

Ya me parece estarle viendo vagar por los caminos solitarios. Por las calles viejas y polvorientas de ese pueblo dormido de Quillota, yacente en medio del Mayaca, los cerros de la Campana, Boco y las feraces campiñas de San Isidro, llenas de verdor y de vida, amarilleantes de yuyos y manzanillas. Quillota, la tierra de los claveles rojos y las naranjas de oro, de la vihuela

encintada, del tinto y de los huasos arrebozados en el arco iris de sus mantas. Caminar por allí, lejos del bullicio humano, con su paso lento y su libro bajo el brazo, como un barco veleta, sin rumbo a ninguna parte.

Con razón le escuché cierta vez decir a alguien:

«Es un visitante de un planeta de sueños que sólo ha descendido a la Tierra para caminar con los ojos vendados o perdidos».

Sí. Ya me parece estarle viendo, durante los recreos, con los ojos fijos en el enorme pimiento que ensombrecía el patio de la escuela, sin que llegase a percibir sus hojas y sus ramas, ni siquiera el grueso y elevado mástil de su tronco, en esa continua inmersión de sus sentidos, en ese eterno viaje por su cosmos íntimo, del que regresaba sólo para extraer el lápiz y el papel y aprisionar allí la perseguida mariposa de la imagen.

Muchas veces le he sentido en mis recuerdos, con su voz ronca y cancina, recitando desmañadamente los primigenios versos de Neruda. O los suyos propios, a media voz, casi al oído de los pocos amigos que él amaba:

«Morena como el alma de la noche más diáfana,
como el rostró invisible del silencio y la pena.
Morena como el sueño, como la sombra y como
la cara eternizada de la tierra morena».

O bien, dictando en clases, las primeras estrofas de la «Oración por todos» para que las analizáramos lógicamente en la pizarra.

En la poesía de Murga no sólo hay sensibilidad y sentimiento, sino sonido y color, que hace recordar, en ciertos aspectos, al poeta de «Las flores del mal». Su peculiar sensibilidad lo mueve a asociaciones visuales sorprendentes.

Su labor literaria—hecha sin prisa, sin el afán de parecer fecundo, sin el fervor egolátrico de darla a conocer a los demás, sin la morbosidad narcisista de mirarse en el azogue de las letras de imprenta—se encuentra dispersa en revistas y periódicos.

Poeta de vocación al fin, verdadero poeta, que no brilló con la bengala de las modas literarias, escribía sin hurgar las rebuscadas fórmulas. Por eso sus formas de expresión son sencillas y espontáneas, abandonadas al blando fluir de su emoción.

Sabemos, sí, que en 1923, en colaboración con Víctor Barberis, había publicado «El libro de la Fiesta», en esa misma época en que «Claridad» era un surco abierto a las mejores semillas del espíritu y Pablo de Rokha, con su «Apóstrofe», ruborizaba a las doncellas de la estrofa romántica, anestesiadas con los madrigales.

Una que otra antología—con una parquedad que espanta—ha logrado recolectar algunas espigas de su huerto.

Sólo ahora último, la Editorial Tegualda ha entregado a las ansias de los que gustan de los frutos exquisitos del espíritu una recopilación de la labor de este poeta—«El canto en la sombra»—que ha sido elogiosamente acogida.

La gloria de un artista no se extingue con la materia. No se sepulta con tres paladas de tierra y el rasgueo de unos cuantos discursos. No. Pasan los años. Corren las estaciones y los tiempos. Pero su obra sigue viviendo con nosotros y con las generaciones venideras.

Tal es el caso de este gran poeta ido. Ido materialmente para siempre hace 22 años a esta fecha. En un lánguido día del otoño, con el llanto amarillo de los árboles.